

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

UN FACTOR DE INTERES

LA FUNCION DE LA LITERATURA

La enseñanza de la Literatura se encuentra gravemente amenazada. La Editorial Castalia prepara un libro-encuesta dirigido por Fernando Lázaro Carreter, «Literatura y sociedad», que aparecerá brevemente. Anticipo aquí mi respuesta a la primera de las preguntas hechas a una treintena de cultivadores de las disciplinas intelectuales.

CADA vez doy más importancia al estudio de la Literatura. Ha sido —y sigue siendo, por presencia o ausencia— el factor decisivo que ha determinado el «interés» de los hombres por ciertos temas. Para que se interesasen por la historia, fue menester que ésta fuera cantada, literalmente expresada; no olvidemos el problema central en filosofía de su versión literaria, de su «realización» en formas literarias (véase mi ensayo «Los géneros literarios en filosofía» en «Ensayos de teoría»); las grandes hazañas, para ser exaltadas, para «existir» históricamente, han necesitado su interpretación por medio de la literatura. ¿No estamos asistiendo —yo, personalmente, con escándalo— a la general indiferencia por la exploración espacial, los viajes a la Luna, el Skylab, que se pueden contar entre las hazañas más extraordinarias del hombre? Varias causas lo explican; pero una de ellas es sin duda la ausencia de un tratamiento literario adecuado (lo cual a su vez merecería una explicación).

Por otra parte, la Literatura ha sido el gran instrumento de interpretación de las formas de vida humana, y por tanto la base de la «Inteligibilidad» de la historia. En la poesía, en la narración, en el teatro, sobre todo en la novela, la vida se ha hecho transparente a sí misma. Entendemos los pueblos o las épocas en la medida en que nos han dejado una «ficción» adecuada, que los documentos no pueden suplir. La historia griega es diáfana entre todas porque ahí están los poemas homéricos, la tragedia y la comedia, la lírica, los diálogos de Platón y Luciano, las narraciones tardías. En el otro extremo, la «opacidad» de la España visigoda, a pesar de la densidad documental, se debe a la ausencia de ficción, que nos hace difícil entender qué era «vivir» en Toledo o Sevilla el siglo VI, el siglo VII. El Romancero, el Teatro clásico, la Novela del Siglo de Oro, han sido los instrumentos más fuertes para la constitución de España como sociedad, como nación, los que han permitido que los españoles se reconozcan y proyecten como tales españoles. Lo mismo podría decirse de los demás grandes pueblos históricos. Y los que no han tenido una gran Literatura, en esa medida no han conseguido ser grandes —se entiende, humanamente grandes, con grandeza humana y fecundidad histórica—. Sin Literatura se pueden fundar grandes imperios basados en el terror y la dominación material, pero no otra cosa; y su fugacidad suele ser tan grande como su esterilidad.

En tercer lugar, la Literatura es el único medio de proyección «personal del hombre. La vida humana, una operación pro-

yectiva, que se hace hacia adelante, «futuriza» real pero orientada hacia el futuro, hecha de anticipación e imaginación, es «faena poética» —la expresión es de Ortega—. El hombre es, además, «novelista de sí mismo, original o plagiarlo». Ni yo puedo convivir con los demás sin imaginarlos, sin proyectar sobre ellos elementales «novelas de urgencia» que me los hagan inteligibles, ni puedo vivir sin inventarme como personaje, con un argumento y una tonalidad —poética o, si se prefiere, antipoética—. No es que esto «deba ser así», sino que es la condición misma de la vida, tal como la descubre la filosofía de nuestro tiempo (puede verse mi «Antropología metafísica», 2.ª ed. 1973). La Literatura es instrumento de «humanización», y por eso podría hacerse una historia en que se midiesen los grados de humanidad por el desarrollo literario. No se olvide que para los griegos la «paideia», la «educación» en el sentido fuerte de la palabra (próximo a la «Bildung» alemana), era primariamente el estudio de los poemas homéricos y otras formas de ficción, «no» la filosofía o las ciencias, cuyo descubrimiento es el honor original de Grecia.

Si ahora consideramos el caso de una sociedad como la nuestra, es decir, la española del siglo XX, nos encontramos con algunos rasgos particularmente interesantes. La cultura española, que es una formidable cultura, una de las más ilustres que han florecido en la superficie del planeta —cada vez me parece más evidente—, ha sido una cultura «incompleta». Esto no es una razón para desanimarse; es una razón para completarla, para integrarla con lo que le ha faltado o le sigue faltando. Pero el hecho es que ha sido «siempre» una cultura «literaria»; es decir, que los españoles han hecho literatura sin desmayo. Esto lleva consigo que no se puede mantener la continuidad y coherencia de la cultura española más que «al hilo de la literatura», la cual se convierte, si no en nuestra columna vertebral, en nuestro sistema nervioso. En España, la literatura es «el órgano de la sensibilidad nacional». Su olvido significa la insensibilidad, la «anestesia», la atonía —quizá es lo que muchos andan buscando—. La pérdida de la Literatura española es la vía más segura de «enajenación», de «alienación», el camino de que España deje de ser un pueblo, para convertirse en una masa sin memoria histórica, sin una modulación peculiar ante la vida, sin proyectos, expuesta a toda clase de manipulaciones.

Pero hay algo más. España, desde que es una nación, desde hace medio milenio, no ha sido nunca «sólo España», o si se prefiere, no ha estado nunca sola. Fue una Monarquía en dos Continentes, una nación transnacional y no nacionalista, creadora —mejor, engendradora— de otros pueblos, no exclusivamente occidentales, con los cuales hizo su vida histórica (que no fue exclusivamente occidental); estos pueblos, al occidentalizarse, en alguna medida desoccidentalizaron a España, le incorporaron dimensiones que no tienen otros países europeos. Existie-

ron «las Españas» —de las cuales la nuestra era sólo «una»—, unos pueblos «hispánicos» que no eran sólo españoles, como los pueblos «románicos» no eran exclusivamente romanos, latinos. Como hubo una Romania ha habido una Hispania transatlántica, transcontinental.

Pues bien, el vínculo capital entre estos pueblos es la lengua, la cual está «realizada», fijada, unificada en una Literatura. Sin ella, no somos —ni los españoles ni, por supuesto, los hispano-americanos—. Para éstos es cuestión de vida o muerte histórica la conexión mutua, y no menos el «espesor» histórico, que les viene de una tradición literaria que arranca del «Poema del Cid» o de las «jarchas». Sin esto, ¿a qué indigencia quedaría reducido «cada» país hispánico? Y como la proyección histórica de España o de cualquier país hispánico no es posible más que dentro del marco de su conjunto, la Literatura es el vehículo de nuestro futuro.

Finalmente, a la hora en que los países del mundo (y algunas unidades políticas que no lo son) buscan lo que se llama su «identidad», hasta el extremo de que el mundo ha recaído en un nacionalismo absolutamente arcaico, corre peligro la expresión literaria de la personalidad de España y de los países hispánicos, en que nos descubrimos y encontramos y reconocemos los hombres de nuestra lengua. Y adviértase que ese tremendo peligro de nacionalismo está excluido, porque precisamente nuestra Literatura es inconciliable con todo espíritu nacionalista.

Radificada en una tradición helénica y, sobre todo, latina, ligada desde sus orígenes al cristianismo, con fuertes elementos germánicos en su épica, es una Literatura europea, ininteligible fuera del marco general de Europa. Por si esto fuera poco, ha recibido energéticos estímulos judaicos y musulmanes, se ha constituido en diálogo fraterno o polémico con las culturas orientales. Finalmente, se ha asociado desde el siglo XVI a las culturas indígenas de América. Nuestro Diccionario académico está lleno de «americanismos» que por una parte son voces de las lenguas indias originarias y por otra las vicisitudes de la lengua española en su vida transatlántica.

Si hay una literatura que no pueda ser nacionalista, es la española —a menos que deje de ser literatura para convertirse en cualquier sermón interesado—. Es una Literatura «universal», no ya porque comprenda tantos países, sino porque es universal «en cada uno de ellos». Si hay alguna buena demostración de lo que es el mundo, de cómo se ha constituido eso que llamamos Occidente —una realidad que ha consistido en trascender de sí misma, en ir más allá de sí misma, en entusiasmarse por lo ajeno e incorporarlo, transformándose—, ésa es la Literatura española. Esta sería, a mi juicio, su función principal, lo que el estudio adecuado de ella debería poner de manifiesto ante la mente de cada hombre o mujer de lengua española.

Julián MARIAS

EL LOBO TRAMPAS DE VOCABULARIO

ME temo que, a estas alturas, el pobre Thomas Hobbes apenas encuentre lectores para su «Leviathan», exceptuados los consabidos especialistas. El mamotreto pertenece, desde luego, a la erudición más estrofeada. Pero pasarán siglos, quizá, antes de que el nombre de Hobbes se olvide. Va ligado a la palmaria fortuna de un aforismo es ya casi un proverbio: aquello del «homo homini lupus». Si: «el hombre es un lobo para el hombre». Una concepción tan facinorosa de la llamada «condición humana» no podía dejar de tener éxito: la experiencia, de algún modo, la abona. Y, además, como todos los apuntes descriptivos medianamente válidos, éste servía —sirve— también de excusa o de alibi moral: ejercer de «lobo», en última instancia, forma parte de unas presuntas «leyes naturales», si cabe decirlo así, y vamos tirando... La verdad vaya por delante: yo nunca he leído el «Leviathan», y no pondría la mano en el fuego para asegurar que la frase en cuestión figure en tan remoto libro, y ni siquiera que saliese de la pluma del mismo autor. El hecho es que a Hobbes se le atribuye con afable unanimidad. No me sorprendería que algún investigador insidioso le haya descubierto precedentes, y hasta precedentes literales. ¿Por qué no? Al fin y al cabo —y aparte de que no hay nada nuevo bajo el sol, como advierte el Eclesiastés—, la idea deriva directísimamente de las primeras páginas del Pentateuco. Los teólogos preconcienciales, que son los buenos, hablaban del «pecado original»...

Mi tema, hoy, no va tan lejos ni pica tan alto. Por el contrario: pretendo limitarse a subrayar el sofisma «zoológico» del enunciado. Afirmar que «el hombre es un lobo para el hombre» consti-

tuye una ofensa al lobo: una injuria, un verdadero insulto, ignominioso y torvo... Me adelanto a cualquier objeción maquina. No me propongo sostener que el hombre es «peor» que el lobo, por supuesto. Ni —en un rasgo de humor macabro— insinuar que «el lobo es un hombre para el cordero». Precisamente, la curiosa trampa montada por Hobbes en lo del «homo homini lupus» reside en una comparación inadmisiblemente. Se inserta en la venerable tradición agropecuaria de los «bestiarios» y de las «fábulas», especies literarias que todavía ahora conservan una indiscutible vigencia en los tebeos y en los dibujos animados, y en bastantes residuos familiares y escolares. No es Walt Disney el único Esopo del siglo XX. La industria cinematográfica, o simplemente gráfica, ha dado mucho de sí, a este nivel. Y, en efecto: el hombre es «incomparable» con el animal. La «comparación» —insisto en la palabra— la hace el hombre, y al hacerla, pervierte la posible «lógica» de su argumentación. Respecto al lobo, concluimos que es «feroz». Pero la «ferocidad» es una noción estrictamente humana. Un hombre enfrentado con otro, «antagónico», piensa en la eventual necesidad de una devoración mutua: se siente «fiera». El es la fiera inicial porque tiene conciencia de serlo. La «ferocidad» del lobo, o la del león, la de la pantera, la del puma o el cóndrilo, es, en definitiva, un mero «tropo». O sea: una manera retórica, y por carambola verbal, de referirse a las relaciones «humanas».

Dios me libre de exagerar. Personalmente, no me entusiasma el neofranciscanismo científico de los zoólogos «amateurs» comercializados por los «mass media»: fascículos policromos, safaris fotográficos, didáctica televisiva, calcoma-

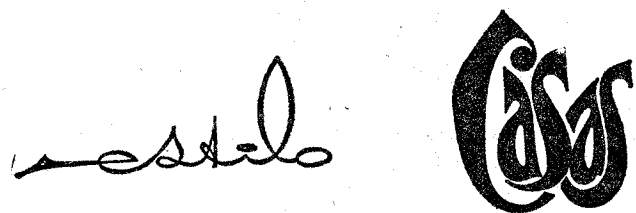
nias para nenes. No creo en los animales «pacíficos». De momento, el circuito de la nutrición, entre una gran cantidad de bestias —sin descartarnos nosotros—, comporta el comernos los unos a los otros. La gallina al gusano, el pez grande al chico, y el hombre a la perdiz, al tocino, al pollo. La fauna vegetariana podría escapar de la tacha. Pero, entre carnívoros, la manzana es un trámite fatal. El lobo se las apaña como puede. Nosotros sacrificamos reses, aves, puercos, y anguilas y angulas, meros y merluzas, lo que se presente, y la cocina diaria y la comilona de restauran descansan sobre esta hecatombe sistemática... Etcétera. Por este camino, el comentario fluctuará necesariamente en términos siniestros, pero plausibles. Mientras el propósito sea la alimentación, todo es permisible. Incluso para el lobo, cuyo derecho a sobrevivir no es, «desde el punto de vista de Sirio», menos razonable que el de una tortuga, un elefante, un bacilo de Koch o un súbdito del Mercado Común Europeo. ¿Por qué un vecino de París sí y un lobo no?... Estas preguntas, de apariencia tonta, tiene su miga. El problema «ético» —o sea, humano— se plantea a partir de la sobremesa. La mención del lobo es meramente ornamental. La «agresividad» del lobo es, bien mirado, como la del resto de los pobladores del espacio terrestre: la aventura de una ansiedad a la vez trófica y reproductiva —la extraña pertinencia en perdurar que caracteriza a todo «ser vivo»...

¿Por qué meter al lobo en el embrollo?... Queda la opción de rehacer la fórmula de Thomas Hobbes, y, en lugar de decir que «el hombre es un lobo para el hombre», uno propondría que «el hombre es un hombre para el hombre», ya

que la «ferocidad» Interferida es eminentemente «humana». Por descontado que «el puesto del hombre en el Cosmos» es un safari, y no fotográfico, ¡ay! El hombre, gran parásito de la Naturaleza, tiende a agotar las ubres de su Señora Madre: el petróleo, los peces, los pájaros, y lo demás. Procura compensarlo con su química, y de ahí salen las gráciles sopas sintéticas, las granjas y los viveros desaboridos, los tejidos facciosos, las vitaminas fantasmagóricas, los detergentes saneadores. Con todo, la auténtica y caústica lección de Hobbes es la de que el hombre es «antropófago». Tal vez sea su «destino». Su comestible preferido es el vecino. Todo eso de que hablan los periódicos cada día, guerras, hambres, torturas, discursos, inflaciones —o deflaciones: es igual—, drogas, filosofías, leyes, terrorismos, poesía lírica, son pura «autofagia»... El lobo de Hobbes es una reminiscencia antigua. Para que un lobo, actualmente, llegue a parecer feroz, los fabricantes de «comics» infantiles han de darle a la bestia facciones humanas. Para que el lobo siga siendo una amenaza ha de adoptar el rostro del hombre. Para el hombre, el lobo ha dejado de ser un enemigo: cada vez hay menos lobos libres... No: el peligro para el hombre es, y siempre fue, el hombre mismo, unos hombres contra otros... Que es lo que Hobbes quería decir. Joseph de Maistre y Karl Marx también decían algo parecido, queriendo o sin querer y cada cual a su aire...

El lobo —feroz, sin duda— no tenía nada que ver con el asunto. Nunca pasó de ser una metáfora. Bien mirado, ni siquiera fue un «lobo» verosímil en los cuentos tradicionales, de la mitología ganadera...

Joan FUSTER



Calzados de ALTO ESTILO
presenta su colección de NUEVOS MODELOS de
DAMA Y CABALLERO
para la temporada **PRIMAVERA 1974**
Admiren sus escaparates de...
Rambla Canaletas, 125 Ronda Universidad, 3
(Esquina calle Tallers) (Frente calle Peñayo)

AVIONES ESPECIALES SEMANA SANTA

MALLORCA	desde 3.900 Ptas.
MENORCA	desde 3.950 Ptas.
IBIZA	desde 4.975 Ptas.
CANARIAS	desde 11.400 Ptas.
LONDRES	desde 9.550 Ptas.
ROMA	desde 9.900 Ptas.
NEW YORK	desde 15.950 Ptas.

Incluido avión-hotel y servicios

VIAJES CONDE

VERGARA, 3 (junto Bajmes)
Sucursal: P.º Colón, 18 (AVGAT 15)

INGLES EN INGLATERRA

KING'S SCHOOL OF ENGLISH

* WIMBORNE (de 11 a 16 años)

- Cursos especiales, en diferentes niveles.
- Estancia en familias seleccionadas por el colegio.
- Profesores españoles acompañarán a los alumnos durante su estancia.
- Excursiones, deportes y actividades organizadas por el colegio.
- Viaje en vuelo regular de BEA.
- Cursos de 4 y 8 semanas en julio y agosto.

* BOURNEMOUTH (mayores 16 años)

SOLICITE INFORMACION Y FOLLETO A:

D.ª MARIA TERESA CRESPO.

c/ NUÑEZ MORGADO, 3. MADRID-16

